

«Alan García es el fujimorismo sin Fujimori»

UNA ENTREVISTA A SINESIO LÓPEZ* POR MARTÍN PAREDES

Cuando este gobierno cumplió 180 días de funciones usted lo calificó de presidencialismo retórico, de derecha, exacerbado y autoritario. ¿Esos mismos conceptos se aplican también para los 365 días?

Lo que quería era comenzar caracterizando a este gobierno y diferenciarlo del primero. Desde el punto de vista del estilo político, efectivamente era un gobierno de presidencialismo retórico. ¿Cuál es la diferencia con el anterior? El de 1985 era un presidencialismo plebiscitario. Es decir, la legitimidad entre 1985 y 1990 la obtenía en la plaza pública, mediante los balconazos, en contacto directo con la masa. Eso le daba un sentido plebiscitario. Obviamente, era un presidencialismo exacerbado y plebiscitario. Este gobierno no es así. Su legitimidad depende en gran medida de cómo se ubica en los medios y de la generosidad de los medios para permitirle tener un contacto permanente con la población. Ha distorsionado totalmente el Canal 7. Hoy no puedes ver ese canal sin ser interrumpido por la presencia de García. Ese es un estilo político. Es un presidencialismo exacerbado y no como García prometió, que al llegar al gobierno el Primer Ministro tendría un peso fundamental. En la práctica, todos los ministros son secretarios maltratados permanentemente por García. Eso como estilo de gobierno. Y lo que quería señalar también es que ese estilo de gobierno incide en el tipo de régimen político: la forma como organizas el poder, las reglas, los procedimientos para llegar, mantenerse y administrar el poder. Eso manifiesta un autoritarismo muy fuerte. De hecho, eso es lo que ha venido expresándose a lo largo de estos meses. Su papel protagónico, presidencialista, el maltrato a los ministros, el querer asentarse en una relación con las masas de acuerdo a lo que sientan, querer someter a plebiscito la pena de muerte, una serie de violaciones de derechos individuales y el constitucionalismo, que es un elemento central de la civilización. Si lo dejas libre, sin controles, esto acaba en un régimen totalmente autoritario.

Usted hacía también la diferencia entre el alanismo y el aprismo.

Así es, creo que el presidente está gobernando por la libre. Lo hizo igual en 1985. Y el partido, de alguna manera, es ninguneado, aunque cumple algún rol, básicamente el de la clientela: el partido ocupa los puestos públicos. Pero en la designación de autoridades, de ministros, de altos funcionarios, Alan García tiene la palabra. En la definición de políticas sociales y políticas políticas, que son las que tiene a su mando, García tiene la voz. Donde no la tiene es en la política económica. Ese es otro escenario. Hay dos escenarios de decisión: el de las políticas y políticas sociales, y el de las políticas económicas. En las dos primeras hace lo que le da la gana. García decide, es protagónico; sus ministros son solo secretarios, el Poder Legislativo nada tiene que ver, el Primer Ministro tiene poco peso. En cambio, en la política económica quien manda es el ministro de Economía. ¿Lo viste en el conflicto del SNIP? Fue clarísimo. El ministro salió ganando. Ese es un juego de poder, no un problema técnico. Lo que quería García era ganar un espacio más en esa coalición que se forma y que da origen a este Estado y a la economía de mercado. Quería ganar un punto más, negociar en mejores condiciones, tener más cuota de poder. Mi impresión es que no pudo.

Es que después del desastre del primer gobierno, el terreno económico está en cierto modo vedado para el presidente.

Este Estado que nació en el fujimorismo de un parto con mucha presencia de organismos internacionales, burguesía local, tecnócratas que manejan capital internacional y militares, fue la coalición que dio a luz a dos mellizos: economía de mercado y la forma del Estado. Es allí donde se definen cosas que son definitivas y que no han podido cambiar los distintos gobiernos. Ningún gobierno ha podido cambiar la forma del Estado; más bien, le han hecho ajustes, pequeñas reformas para que

funcione mejor, pero nada más. Ahí se escinden perversamente políticas económicas para los ricos y políticas sociales para los pobres. Ahí es donde se decide quién está dentro y quién está fuera; qué tipo de inclusión y qué tipo de exclusión. Mientras el velasquismo fue inclusión total y el Estado oligárquico exclusión total, la peculiaridad de este Estado es que incluye cultural y políticamente pero excluye económica y socialmente. En otras palabras, los políticos y los neoliberales de hoy quieren los votos de la gente pero no sus problemas. Ese es el tipo de integración que están haciendo. No se debe olvidar que la mejor política social es una buena política económica, como dice Efraín Gonzales de Olarte.

Hace algunos meses se discutió sobre la existencia o no de una alianza entre el APRA y el fujimorismo. Investigadores como Martín Tanaka, por ejemplo, sostenían que esa alianza no era tal, sino que se daban algunas coincidencias políticas en el Congreso. ¿Existe o no una alianza?

El APRA también dice lo mismo. Martín no descubre nada nuevo. Que haya una alianza no significa que exista un papel escrito firmado entre las partes. Si uno analiza la historia del APRA, salvo la de 1945-1948, que es un pacto formal, todos los otros son pactos informales. El voto del APRA por Prado en 1939, la convivencia de 1956 y la de 1963 con Odría, son todos pactos informales. Cuando los criticaban, ellos siempre decían que se trataba de meras coincidencias. ¿Cuándo decimos que hay un pacto, más allá de los papeles escritos o no? Cuando se actúa políticamente en el mismo sentido, en la misma dirección. Y aquí el pacto es importante para mantener el modelo económico, para no ir al fondo de la corrupción de Fujimori, en el desgano para sancionar la política de Fujimori y ser permisivos con el fujimorismo en muchos aspectos, pero sobre todo coincidir, por ejemplo, en la privatización de los aparatos económicos. Todos están de acuerdo en qué personas deben manejar y las que están manejando hoy los aparatos económicos. Allí, Unidad Nacional, el fujimorismo y el APRA están de acuerdo. ¿Qué es eso? ¿Coincidencia? Cuando es permanente, esa coincidencia se llama alianza.

En política no hay coincidencias.

No hay coincidencias casuales, todas son pensadas y más o menos articuladas. En el Congreso se ve también que, en los asuntos de fondo, han votado las tres fuerzas juntas. Creo que ahora el APRA quiere deshacerse de Unidad Nacional, o sea de la derecha decente, para articularse más a la derecha corrupta. Y eso en política tiene un sentido. ¿Están buscando cajeros para desencadenar una corrupción mucho más amplia? En fin, no le echas la culpa al APRA sino al otro, que ya tiene una historia de corrupción muy fuerte.

La presencia de la derecha en el APRA se vio desde el momento en que Giampietri ocupó la primera vicepresidencia en su plancha presidencial.

Alan García ha dado un viraje fuerte. Su experiencia traumática del primer gobierno lo ha vuelto más conservador. Creo que es profundamente conservador, pero mantiene ciertos rasgos autoritarios. A García le fascina la oratoria de Mussolini y quisiera imitarlo. Se ha vuelto más conservador en su pensamiento. Eso se nota cuando empieza la campaña electoral y nombra a Giampietri, en claro compromiso con Kouri, y a una vicepresidenta con vínculos con el fujimorismo. Con eso estaba dándole ciertos mensajes a un cierto tipo de electores. Ahí comienza el problema. En la segunda vuelta eso se consolida con la derecha que había votado por Lourdes Flores. En la votación misma ya es un Alan García conservador, y para aliviarlo un poco se puede decir que estaba obedeciendo a un mandato conservador del propio electorado. Después de todo, lo único que la clase media conservadora y las clases altas le piden a García es que no haga las barbaridades del 85. En ese sentido es un presidente poco exigido. Y la gente de abajo no espera nada de él. García es un hombre que puede recostarse tranquilo, como lo está haciendo, sobre las olas del crecimiento y dejarse arrastrar por ellas. Este es un gobierno para los ricos. Lo que busca Alan García es que los pobres también lo aplaudan, que fue la hazaña que logró Fujimori, quien gobernó para los ricos con el apoyo de los pobres. Eso no lo pudo hacer Toledo.

Pero las encuestas no le son favorables a García en la sierra y en los estratos bajos, justamente donde no ganó en las elecciones presidenciales.

No lo va a lograr porque eso supondría tener 800 millones de dólares al año para gastar, como los tuvo Fujimori gracias al Banco Mundial y el BID, que lo apoyaron con 5.600 millones de dólares durante siete años. ¿Cuánto se ha reducido la pobreza y la extrema pobreza? ¿Cuál es el resultado? Pero la gente

estaba contenta porque algo recibía: comedor popular, PRONAMACHS, vaso de leche, postas médicas, escuelas, visita del presidente. Para la gente, Fujimori algo los atendió.

En realidad, fue la financiación del clientelismo.

Por supuesto, pero gastabas un montón de plata: 800 millones que Alan García no tiene.

Y que Toledo tampoco tuvo.

Toledo no quiso hacer una política social por la tesis tonta del chorreo. En el fondo, esa tesis significa que no es necesaria la política social, que basta la política económica. Crecemos de forma muy significativa y entonces chorrea. Esa fue la tontería que Kuczynski le vendió a Toledo. Todos los neoliberales venden eso, y no es cierto. El chorreo reduce la pobreza pero la desigualdad se ha profundizado terriblemente, incluso en Chile. La tesis del chorreo me parece suicida desde un punto de vista político. García sabe que es un problema y no defiende esa tesis, pero tampoco vemos políticas sociales que siquiera mitiguen la exclusión o la pobreza de los que viven en la miseria.

La derecha está contenta con este gobierno, desde los empresarios hasta los medios de comunicación como Correo, por ejemplo, que tratan con guantes de seda al presidente pero a algunos ministros y a los congresistas les dan con palo, como para hacer diferencias. Una mecánica muy distinta que la que se practicó durante el gobierno de Toledo.

Los medios son parte de las empresas y están siendo adquiridos poco a poco por las grandes empresas. Los medios son muy permisivos con este gobierno. No lo fueron ciertamente con Toledo, no sé si por racismo o por ceguera. Son los que están permitiendo el presidencialismo retórico. Sin embargo, en algún momento, si no quieren perder credibilidad, los medios van a tener que volverse al menos neutros. Porque un medio está tironeado por dos lados: por los intereses económicos, que en este caso coinciden en apoyar al presidente, y por la credibilidad del público. El *rating*, después de todo, depende del público. Si no se ponen neutros y toman cierta distancia y dejan de ser megáfonos del presidente, entonces tienen que colocarse un poco más al centro. Ahora algunos son megáfonos malogrados del presidente, porque este tiene 50% de aprobación, mitad de apoyo y mitad de rechazo. Eso es declive. Los medios están en un punto muerto de su propia conducta política. Tienen que decidir.

El apoyo de los medios al presidente depende también de que el gobierno mantenga esta política económica.

García la va a mantener, porque lo que quiere es no tanto pasar a la historia sino deshacer la historia pasada, limpiar el pasado y quedar empates, hacer un buen segundo gobierno que borre el primero. García no va a tocar la política económica por más que baje su aprobación. Incluso después de que se vaya la gente dirá: «Hizo lo que nosotros queríamos: no metió la pata». Pero para el 50% de pobres este señor pasará como si no hubiera habido presidente. Pienso que García se va a ir con el rechazo de la inmensa mayoría de pobres y con los aplausos entusiastas de los empresarios y un poco tímidos de la clase media.

En esta línea de limpieza de imagen, García pone en agenda desde el primer momento el tema de la austeridad también para hacer una diferencia con el gobierno de Toledo, acusado de derrochador. Propone la venta del avión presidencial, la reducción de los sueldos de los alcaldes y de la tecnocracia estatal. ¿Todo esto tuvo un efecto mediático?

Una de las preocupaciones de García era la de tener él la iniciativa política para poner la agenda, que no se la ponga la prensa, como fue con Toledo. Entonces García se despierta angustiado a las cuatro de la madrugada —esto es ficción— y se pregunta: ¿qué digo mañana? Y se responde: la austeridad, que se vende bien, el *shock* de inversiones y varias medidas de impacto, temas que los medios totalmente favorables a él pasan de la boca del presidente al oído del oyente, y ya está la agenda. Y si otro día se despierta y no tiene nada que poner en agenda, decide vender el avión presidencial. En realidad nos está haciendo el avión, porque qué resuelve con eso. Hay medidas que han tenido impacto en la opinión pública como la austeridad. Hay un elemento interesante que es la voluntad de acercar al político a la sociedad. El gesto de volver austera a esta clase política dilapidadora es un acercamiento al pueblo. Pero el problema de fondo no era ese. A mi juicio, esa es una coartada para ocultar otros problemas. El mensaje de esta política de austeridad es el siguiente: no falta plata en el Estado, sobra, el problema es

que los parlamentarios, los altos funcionarios y los alcaldes se la llevan toda. Lo que hay que hacer es reducirles el sueldo y con eso vamos a tener plata. Eso quiere decir que no necesitamos poner más impuestos a los ricos para poder atender políticas sociales. Es una forma de evadir el tema de la falta de recursos. Cómo no van a faltar recursos si estamos en 15% de presión tributaria, por debajo de la media de América Latina que es de 17%, y por debajo de muchos países que enfrentan en serio la política social como Brasil, que está en 23%. La austeridad es una coartada para ocultar este problema, para no poner impuestos a las ganancias extraordinarias. Un 10% a esas ganancias te da un montón de plata para atender necesidades sociales. El gobierno ha renunciado a desarrollar una política impositiva para pasar el sombrero. No hay ninguna institución estatal que pueda hacer supervisión, fiscalización, rendición de cuentas. Eso se presta a cualquier cosa, sobre todo a la corrupción. Creo que esa es una de las cosas más terribles que han pasado en este gobierno. La otra coartada que está detrás de la austeridad es limpiar el pasado. Es fácil ser austero después de haber asaltado el fisco durante cinco años en el gobierno anterior. El presidente García hoy aparece limpio no porque la justicia lo haya absuelto, sino porque prescribieron sus supuestos delitos. Estas propuestas republicanas no son reales, porque el APRA nunca fue republicana, siempre fue populista; ni Haya de la Torre fue republicano cobrando un sol. ¿Quién lo mantenía? El republicanismo que levanta grandes banderas como la defensa del bien común, la entrega desinteresada al bien común, la ciudadanía activa, es interesante pero tiene distorsiones terribles. Una de ellas es el aristocratismo. Con esos postulados solo los aristócratas pueden ser políticos. O la distorsión autoritaria. El jacobinismo francés impuso el autoritarismo a sangre y fuego. La austeridad de este gobierno no es ni una distorsión aristocrática ni jacobina, es simplemente una coartada de viveza criolla.

Junto a esa campaña de austeridad se producen escándalos como la insistencia de poner en cargos claves a apristas como Carlos Arana, socio de Agustín Mantilla, o el extraño nombramiento de Alberto Pandolfi, primer ministro de Fujimori y hombre de Montesinos.

Lo de Pandolfi indica lo que hablábamos del pacto, del acuerdo político y quizá la búsqueda de cajeros. Es una derecha corrupta que no tiene ningún problema en seguirlo siendo. Las acusaciones de corrupción contra los funcionarios de Fujimori son claras, sin embargo, se los convoca. Pandolfi justificó los altísimos ingresos de Montesinos diciendo que era un abogado de éxito. Ahí no hay equivocación. Yo pienso que Del Castillo fue sorprendido y que la decisión vino no solo del vicepresidente sino de más arriba, del presidente. Del Castillo es relativamente más transparente, pero también tiene que ser leal. El gobierno se está cobijando en la corrupción y también copia estilos políticos, como el ministro de Vivienda que con un descaro y un desparpajo tremendos dice que actúa con los mismos métodos de Montesinos, pero más transparentes. ¿Cuál es la diferencia? Hace lo mismo pero es más cínico. Montesinos al menos lo ocultaba. Este señor lo pone en la página web para que vean que no es corrupto. Son los estilos políticos del fujimorismo.

¿Lo del nombramiento de Pandolfi no fue también una demostración de poder del primer vicepresidente? Giampietri no es el típico vicepresidente de perfil bajo. Él demuestra el poder que tiene dentro del gobierno.

Sin las habilidades políticas de Montesinos, puede estar preparándose para jugar el mismo papel de asesor político, de hombre que maneja la relación con las Fuerzas Armadas. En algún momento difícil, inestable, este señor puede aparecer para sostener al régimen y ofrecer apoyos por el lado de las Fuerzas Armadas sobre todo.

¿La oposición existe?

No espero nada de ella. Normalmente su espacio es el Parlamento y no se la ve. La oposición va a venir desde los gobiernos regionales y los movimientos sociales. El epicentro de la política, desde marzo hasta ahora, está en las regiones y en el movimiento social. A partir de ahí se van a recomponer las fuerzas políticas. Mi hipótesis es que ahí pueden tener un espacio las izquierdas, si son responsables y se organizan. Depende de cómo jueguen en el periodo que viene.

¿Qué ha hecho el gobierno en materia de reforma del Estado?

Nada. Fusionar organismos públicos descentralizados, esa es la gran reforma del Estado. Pero no se

juega más por una reforma del Estado que toque el cogollo, que es lo que da sentido a todo. El Estado es algo más complejo, no es solo administración pública, ni policía y ejército, ni distribución territorial del poder. El Estado es el núcleo que manda más allá de gobiernos y de regímenes, que define quién está dentro y quién está fuera, que define políticas económicas y el grado de apertura que vas a tener; es decir, decide lo fundamental.

¿Al APRA le interesa que Fujimori regrese al Perú o le conviene que se quede fuera hasta 2011?

Habría que analizarlo en términos de costo-beneficio. Para el APRA tiene un alto costo el mantener a Fujimori en Chile, sobre todo si no se preocupa por que la extradición funcione. En realidad, le conviene que venga para no perder tanto. Creo que perdería más manteniéndolo fuera que teniéndolo dentro, porque dentro al menos lo tienes preso y sería un logro para el gobierno. Fujimori preso en el Perú es inofensivo. La prisión política por corrupción, por crímenes, es un estigma difícil de superar.

Algo que García trató de evitar a toda costa.

Prefirió vivir bien en París y en Colombia.

¿Qué le parece el tema de la tentación reeleccionista, presente en el ambiente?

No lo veo viable por las condiciones políticas. García es un hombre impredecible como caudillo y probablemente en su momento lo ha pensado, pero las encuestas pueden traerlo a la realidad y también lo que está pasando en el país, los movimientos regionales. No es nada banal este juego del diario La Razón de cerrar el parlamento y que García se transforme en un nuevo Fujimori. Está llamando a su nuevo Fujimori. Tampoco es banal lo que está ocurriendo en el Parlamento. Es cierto que hay corrupción, ineficacia y torpeza, pero mantener el tema de que es un poder fundamentalmente corrupto sirve para decir: «¡ciérrenlo!». Y la opinión pública puede apoyar masivamente el cierre. Es un manejo político que juega en pared con los medios y que busca favorecer la reelección. Mercedes Cabanillas se da cuenta de eso y no quiere reelegirse en la presidencia del Congreso, porque no quiere enfrentarse a García, a los medios y a la opinión pública.

En un artículo usted planteó que el gobierno de García puede llegar a ser un fujimorismo sin Fujimori.

Así es. Pienso que Alan García es el fujimorismo sin Fujimori. No sé si el fujimorismo, pero el diario La Razón está en una campaña política tratando de convertir a García en Fujimori.